

A deshora. Efraín Barquero. Editorial Sudamericana. Santiago 1992. 131 páginas



Experiencia de palabras y silencios

A deshora es uno de los tres libros que Efraín Barquero publicó en Santiago en 1992 tras un extenso exilio, y fue escrito en Francia entre 1979 y 1985. Se trata de una poesía que no busca un efecto fácil, que es multívoca, abierta, distante y que alude más a lo genérico y abstracto antes que a anécdotas precisas.

Hernán Miranda

Hace casi cuatro décadas aparecía en Santiago un libro singular, **La piedra del pueblo** de Efraín Barquero. La singularidad de esta obra venía certificada no sólo por el prólogo de Pablo Neruda ni por la juventud del autor -23 años- o por el hecho de aparecer firmada con un rotundo seudónimo, al estilo de los *grandes*. Fue saludada con entusiasmo, y con buenas razones, pues venía a aportar un contagioso caudal alimentado en un épica de lo simple, de valores esenciales, de nobles ideales y puros sentimientos.

Marca de sensibilidad

Esta partida fue seguida, casi de inmediato, por otras obras importantes, particularmente **La**

compañera (1956): exaltación de los amores populares, escrito con un lenguaje metafórico que marcó la sensibilidad poética de quienes empezábamos a leer los primeros poemas en plenos años cincuenta. Menos eco logró **El viento de los reinos** (1967), producto de una estancia en China y un notorio intento por acceder a otros niveles de expresión y trascendencia, distanciándose de las primeras obras mencionadas.

La obra **A deshora**, uno de los tres libros que Barquero publicó en Santiago en 1992 tras un extenso exilio, fue escrito (según anota el autor) en Francia entre 1979 y 1985.

Las diferencias que se pueden observar en **A deshora** con las primeras obras juveniles son notorias. Esta es una poesía que no busca un efecto fácil, que es multívoca, reflexiva, abierta, distante, que alude más a lo genérico y abstracto que a anécdotas precisas claramente distinguibles.

Sin punto final

Si bien son reiterativas las alusiones a viajes y viajeros, a idas y regresos, al paso del tiempo, a la ausencia, todo ello parece difuminado en una suerte de láminas orientales en que deliberadamente se evita el trazo preciso, así como pareciera desnuda de recursos formales destinados a acentuar el efecto de cada unidad poemática. Todo parece dicho con el mínimo de palabras, como a media o mínima voz, sin uso de mayúsculas, sin puntos ni comas, sin punto final. Son materiales o propuestas que requerirían de la participación activa del lector para completar su circuito, frutos que hay que darse el trabajo de abrir para apreciar en su real significancia, sea cual fuere.

Obsérvese este texto:

Sientes la mano sobre el hombro/ y la ciudad se puebla de campanas/ con lo más alado que hay en ti/ lo árboles/ enterrados en otra parte/ que vuelven a crecer ante tu vista/ cuan-

do caminas por tus recuerdos/ la tierra es sagrada/ y camina contigo/ saltando de colina en colina/ una mano clavaba a una puerta/ es siempre una mano extendiendo los dedos/ y posada en tu hombro/ es el arca del diluvio.

En muchos de estos poemas parecieran subyacer experiencias de vida muy intensas que el poeta quiere traducir a un lenguaje universal, ajeno a tiempos, épocas y lugares. Así se habla de *manos*, de *cuerpos*, de *el hombre*, de *el herido*, de *el sediento*, de todo aquello que recuerda *el primer rayo/ el brazo del hombre/ el pie de la mujer/ la boca que guarda debajo de la lengua/ el pan de la raza/ de una boca a otra.*

Dice en este otro texto: *el hombre guarda su cuerpo limpio/ en gratitud a su camisa/ guarda algo más que una invitación/ para ser fiel a su palabra/ cuando hablaron las manos/ antes de volverse mudas/ cuando hablaron los ojos/ antes de volverse ciegos/ el hombre guarda todas sus fiestas/ como si nunca se despidiera de los suyos/ guarda algo más que su misterio/ sus dos manos en la gran mano extendida/ guarda hasta la ceniza que dejaron/ las mariposas en la lámpara/ guarda algo más que las voces oídas/ el silencio de todos los que estaban.*

Ante todo, memoria

A pesar de todos los distanciamientos y mediateces, esta poesía de Efraín Barquero parece querer decir en fin de cuentas que el hombre es ante todo memoria, pertenencia a una tribu original de la que no podemos desprendernos, dramática e irrepetible experiencia hecha al fin de cuentas de palabras y silencios.

Sea como fuere, este no es el Barquero que hace muchos años -junto a otros poetas de igual promoción como Teillier, Arteché o Lihn- con su pasión y frescura, con elocuente proximidad, contribuyó a abrirnos el apetito por la poesía. Ni será, a deshora, quien nos aparte de ese camino. ■